

torial Laia, Colección "Primero de Mayo", núm. 7).

En su densa introducción, Antonio Elorza (que considera a Seguí "la figura más destacada del sindicalismo revolucionario barcelonés") perfila la idea que tenía Seguí del anarquismo. En sus textos éste se manifiesta de tres formas: Como postura de grupos movidos por un ideal aristocrático dentro de los explotados; como ideal supremo de perfección humana y "como resorte que impulsa la acción de las minorías superiores dentro de los sindicatos". El periódico "España Nueva" publicó unos "Pensamientos" de Seguí (recogidos en el libro) donde queda claro este ideal aristocrático. Dice uno de ellos: "Soy... anarquista. Bien. ¿Supongo que habrás pesado tus nobles aptitudes, para saber con qué cuentas y llegar a la afirmación aristocrática de tu vida?". Y José Viadiú escribió de él: "A la primera juventud, Seguí ya se preocupaba de las cosas que inquietan a las minorías selectas. En esta edad, Nietzsche fue su pontífice: 'Así hablaba Zarathustra', su biblia, y la despreocupación de los problemas económicos personales, su lema". Por eso señala Elorza que la actitud de rebeldía tuvo en Seguí siempre un valor dominante, muy claro, por ejemplo, en el título que dio a una novela corta, publicada a raíz de su trágica muerte: "Escuela de rebeldía".

La novela aparece recogida en el libro de Huertas Clavería, que, fiel a su título ("Materiales para una biografía"), sigue una vía testimonial. Así incluye, entre otras aportaciones documentales, una entrevista del propio Huertas a Teresa Muntaner, compañera de Seguí. Esta entrevista fue publicada por vez primera en TRIUNFO ("El Noi del Sucre", 31-3-1973, núm. 548). O los recuerdos de seis testigos de la vida del Noi: Amadeu Bernadó, Miquel Ferrer, Pere Foix, Federica Montseny, Josep Peirats y Rafael Vidiella. ■ V. M. R.

Cartas de Sacco y Vanzetti

La anécdota histórica, dramática y obrero-anarquista es bien conocida: el 23 de agosto de 1927 —ahora rondamos el cincuenta aniversario— fueron electrocutados, por condena a muerte, en la prisión de Charlestown, Massachusetts, los italianos inmigrantes Nicola Sacco, zapatero, y Bartolomeo Vanzetti, ven-

dedor de angulas, de treinta y seis y treinta y nueve años de edad, respectivamente, acusados de haber robado la nómina de una fábrica de calzado y dado muerte al pagador y al vigilante que transportaban el dinero, poco más de quince mil dólares. Entre el curso normal del juicio, las demoras y apelaciones, Sacco y Vanzetti pasaron en la cárcel siete años, donde tuvieron sobrado tiempo para perfilar su ideología política —finalmente calificada dentro de los presupuestos del anarquismo— y cobrar conciencia de que no estaban siendo juzgados por un delito cuyas pruebas eran irrisorias y casi inexistentes, sino que deliberadamente la sociedad conservadora y capitalista, los turbios afanes electorales y presidencialistas, el miedo a la creciente fuerza del proletariado y el deseo de escarmentar a los radicales de este movimiento, entre otros conflictos —por ejemplo, la mala conciencia del ministro de Justicia, Palmer, por haber desencadenado una ola de "terror blanco" para limpiar el país de elementos subversivos—, sentaron a esos dos obreros italianos inmigrantes en la silla eléctrica, en medio de una psicosis colectiva y a través de un proceso resonante, que enfrentó moralmente en todo el mundo las fuerzas reaccionarias y progresistas (aunque ya esta palabra, "progresista", ha perdido modernamente significado, en la medida en que el progreso tanto occidental como oriental no ha resuelto los conflictos de clase).

La condena de Sacco y Vanzetti más pareció una conspiración que un error judicial. Al oír la sentencia de muerte, Sacco habló poco porque no dominaba bien el inglés, pero Vanzetti —y parece mentira en un asendereado trabajador autodidacta— pronunció un discurso, verdadera pieza oratoria, sencilla, lúcida y conmovedora, que hizo llorar a las mujeres y congestionar el rostro de los hombres. Su única universidad fueron los trabajos duros y mal pagados, la inseguridad económica permanente y la cárcel. La emigración, la soledad, el abandono y las jornadas de trabajo de catorce horas engendran anhelos de libertad y justicia. De ahí a convertirse en una alimaña anarquista enemiga de la sociedad y del orden establecido hay un paso, que Sacco y Vanzetti dieron decididos.

Hoy, para nosotros, al cabo de cincuenta años, la personalidad de Sacco y Vanzetti se presenta, a la vista de sus cartas y datos

autobiográficos e íntimos, dotada de un recto idealismo y de una valentía y honestidad absolutamente ejemplares, dentro, claro, de la situación límite a la que fueron llevados. Son reacciones imprevisibles. Hay individuos que en las situaciones límites se amilanan, se desorganizan, pero otros se crecen, adquieren peso específico y pisan el umbral de un heroísmo sereno y superior. Las cartas de Sacco y Vanzetti (1), públicas y familiares, antes y después de la prisión, nos dan una dimensión humana que, de simples obreros zarandeados por fuerzas ciegas, evoluciona sobre el miedo físico a la muerte y el calibre de la infamia hacia una conciencia política, una fe y una dignidad que,

quista" se desvirtúan en las personas, al menos en las personas de esta calidad humana, todas las grandes y solemnes cuestiones que las han llevado al cepo dialéctico de la clasificación denominativa, cuestiones como la especie de condenación bíblica del obreraje, la ceguera del azar histórico, la conciencia no abstracta de la injusticia y la convicción profunda de poder influir en la transformación de estas condiciones.

Vanzetti, por ejemplo, empezó trabajando como aprendiz de repostero: "Estuve allí —dice en su autobiografía, sencilla, expositiva— alrededor de veinte meses; se trabajaba de siete de la mañana a diez de la noche, y me daban tres horas libres para salir,



Los anarquistas Sacco y Vanzetti, tras su detención, en 1920.

al correr del tiempo, pueden constituir perfectamente un símbolo capaz de abochornar los equivocados miedos represivos de la sociedad. A esta clase de personas no me gusta llamarlas anarquistas ni libertarias ni nada que se le parezca. Son denominaciones desprestigiadas e inútiles que pertenecen a la mística de la revolución y que nunca van a poder ya despegarse de su halo violento, noblemente irracional, inflamado por la sed inextinguible de justicia. Parece que al hipostasiarse en "anar-

cada quince días". Vanzetti, que se crió como "flor de invernadero" en zahúrdas laborales, da una idea de lo que eran las condiciones de trabajo para la mayoría inmigrante. Y que no faltara. Que no faltaran ese lodo, esa mugre, esa explotación: "Aquel fue un año desgraciado. Los pobres dormíamos a la intemperie, y revolíamos las inmundicias de los cubos de basura para hallar una hoja de repollo o una manzana podrida". De esto a la cárcel y a la silla eléctrica, no sin un breve tránsito de activismo político. Pero quizá así se comprenda mejor que Sacco y Vanzetti murieran con la convicción de haber transformado su vida sórdida en una causa noble capaz de haber mejorado las condiciones de la relación humana: "¡Las vidas que nos quitan, vidas de un buen zapatero y de un pobre vendedor de pescado; eso es todo! El último momento nos pertenece, la agonía es nues-

(1) *The Letters of Sacco and Vanzetti*. The Viking Press, Inc., Nueva York, 1955. En castellano, para Sacco, pueden consultarse *Los anarquistas. I. La teoría*. Selec. y pról. I. L. Horowitz, pp. 331-339. Alianza Ed. Madrid, 1975. Y para Vanzetti, el libro editado recientemente por Granica, Barcelona, 1976, 223 pp., que contiene, además de las cartas a la familia, un fragmento de su autobiografía y el alegato final ante los jueces, todo ello con un prólogo de Cesare Piloni (existe edición anterior argentina, Buenos Aires, 1972).

tro triunfo". Tras una huelga de hambre y cinco días antes de morir, Sacco le escribió a su hijo: "Por lo tanto, aquí estoy contigo lleno de cariño y con el corazón abierto, como he estado siempre en el pasado". Siguen palabras no de anarquista, qué va, sino de puro y añejísimo y valiente cristianismo.

Este es el tema que cabría proponer en una discusión sobre Sacco y Vanzetti: el de la fe en la situación límite y perdida, una fe que no es preciso trivializar ahora con postulados ultraterrenos, una fe que sobre la base del anhelo de justicia social, entendimiento y concordia en la especie humana, y ninguna clase de esperanza "real" e individual, supera todo análisis lógico e histórico. ¿De dónde sale esa fe? ¿De la ingenuidad inocente, del orgullo, del desprecio, o de un extraño mecanismo psíquico que necesita paliar con el idealismo catártico la inmensa faz de la podredumbre fatalista? Ahora mismo no lo sé, pero en cualquier caso, de las cartas de Sacco y Vanzetti se desprende en síntesis la vieja y no tan teórica inefabilidad de los "puros de corazón", los mismos que hace cincuenta años crearon en Estados Unidos la necesidad de un examen de conciencia colectivo y cayeron bajo el ariete de la razón de Estado que, por cierto, no es la única instancia del poder. Vanzetti, al borde de la muerte, estaba convencido de que la historia humana no había comenzado aún y de que se hallaban en el último período de la prehistoria. La gran tristeza que me inspiran los mártires es que cada uno de ellos se cree el último. ■

EDUARDO TIJERAS.

CINE

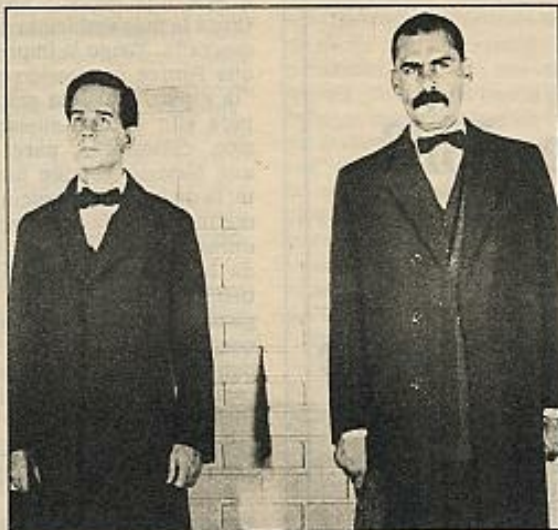
"Sacco y Vanzetti"

De Giuliano Montaldo conocíamos en España, además de una muy retocada versión de "Gli intoccabili", que aquí dio en llamarse "Las Vegas", otra película de bastante interés, "Y Dios está con nosotros", que pasó, no obstante, sin pena ni gloria por las carteleras madrileñas. Ya en esta película Montaldo apuntaba lo que más tarde sería su "Sacco

e Vanzetti": la necesidad de profundizar en algunos aspectos de nuestra más reciente historia, no sólo para entenderla con más amplitud como para reflexionar sobre las constantes de las injusticias que las dieron lugar. "Y Dios está con nosotros" narra el heterodoxo y falso consejo de guerra contra unos soldados por la necesidad "militar" de encontrar acusados, precedente o consecuente (según se ordenen las películas por orden cronológico de realización o por orden histórico) del proceso celebrado contra los dos anarquistas italianos, Sacco e Vanzetti, que da pie a su siguiente película. Montaldo, pues, es un hombre preocupado por ofrecer en sus películas la

denados los dos italianos. Con él, la corrupción del engranaje que permitía su condena: una condena sin pruebas, incluso con pruebas en contra de la misma, realizada de acuerdo a otra condena más amplia y más terrible, la de juzgarlos no en función del supuesto delito, sino en la de su doble condición de emigrantes y de anarquistas.

Con "Sacco e Vanzetti" vuelve a plantearse el eterno problema de un cine político que utilice la narrativa convencional con sus mismos trucos argumentales, con sus mismas "tensiones" forzadas y falsas, de que si la toma de conciencia propuesta desde las imágenes cinematográficas no debía exponerse en



Una escena de "Sacco e Vanzetti", de Giuliano Montaldo.

posibilidad de una reflexión política frente al orden establecido, frente a las posibilidades de unos cuantos privilegiados para variar la historia a su antojo, para conformar la realidad de acuerdo a sus intereses inmediatos. El terrible caso de Sacco e Vanzetti, descubiertos como inocentes años después de su asesinato legal, no es, en este sentido, más que uno más de los que continuamente nuestra historia nos ofrece. Con Sacco e Vanzetti, tema curiosamente marginado por el cine norteamericano, es decir, por los directores que en los años treinta pretendían acercar su cámara al desvelamiento de algunas intrincadas jurisdicciones, la problemática alcanza una altura sólo comparable a la del no menos famoso caso del matrimonio Rosenberg.

Montaldo ha querido narrar el proceso por el que fueron con-

denados los dos italianos. Con él, la corrupción del engranaje que permitía su condena: una condena sin pruebas, incluso con pruebas en contra de la misma, realizada de acuerdo a otra condena más amplia y más terrible, la de juzgarlos no en función del supuesto delito, sino en la de su doble condición de emigrantes y de anarquistas.

Estos juicios, sin embargo, no quieren indicar en "Sacco e Vanzetti" peculiaridad "negativa" alguna. Al contrario, nos encontramos ante una película rigurosa, honesta, con una espléndida descripción de los más trascendentes episodios del suceso vergonzoso que costara la vida a estos hombres. Los problemas que en orden a una consideración teórica de este tipo de cine políti-

co propone "Sacco e Vanzetti" son comunes a todas las películas de su género: "Ze", "El atestado", incluso "Queimada"...

Una consideración inevitable a la hora de plantearse la existencia en las salas comerciales españolas de esta película —presentada en el Festival de Cannes (de 1971)— es el considerable retraso con que nos llega. Naturalmente, ello no afecta a la entidad última de la película, pero sí a la oportunidad de sus planteamientos; y en un cine político de estas características ello es algo fundamental. Montaldo trabaja en un momento determinado sobre unas premisas que en 1971 le permitían afrontar la historia narrada en los términos en que lo ha hecho. Seis años más tarde, esos planteamientos podrían haber variado, y lo que la película proponía de reflexión para un trabajo a continuar ha quedado, para este país, marginado. La posibilidad, pues, de afrontar en España un cine de estas características sigue inspirándose en las caprichosas decisiones de la tolerancia oficial y en la información retardada y selectiva que nos autorizan los funcionarios de turno. ■ DIEGO GALAN.

"El segundo poder"

Es curioso el cine español. La semana pasada teníamos que comentar, en términos irónicos, una película como "Vuelve, querida Nathi", adscrita a las modas del sexo y el pecado, de la "denuncia" falsa y reaccionaria. Su director, José María Forqué, parecía entregado directamente a los estímulos de la moda sin proponer por su cuenta ningún acicate nuevo, ninguna originalidad revulsiva. Una semana más tarde, se estrena "El segundo poder", película ambiciosa, increíblemente más cuidada con la anterior, y hasta, aparentemente, en sus antipodas. Aunque la carrera cinematográfica de Forqué sea continuamente un poco esto, un querer superar los límites medios del medio para caer continuamente en ellos, el resultado de la primera etapa de su filmografía arrojaría, a pesar de todo, una cierta honradez profesional y, sobre todo, un saber expresar en términos económicos y notables lo que otros directores de su momento harían barroca y sin convicción. Forqué es, salvo excepciones, un artesano respetable que sufre quizá un